



ELSA TAMEZ

## ***El silencio de Dios grita en el llanto de las amigas de la hija de Jefté***

### ***Relectura de Jueces 11.29-40***

Elsa Tamez es mexicana, biblista y teóloga feminista de la liberación. Doctora en Teología, licenciada en Teología y Literatura y Lingüística. Reconocida a nivel mundial por sus estudios exegéticos y hermenéuticos vinculados al campo popular de las comunidades, la espiritualidad feminista y como consultora para traducciones de la Biblia a diversos idiomas indígenas y lengua de señas para personas sordas. Actualmente reside en Colombia.

Hay textos de la Biblia que pasamos muy rápido y nos rehusamos a leer. Como mujeres cristianas no entendemos por qué un texto como el del sacrificio de una mujer puede aparecer en la Biblia y quedar impune. Esperamos encontrar en las Escrituras palabras sabias y amorosas que nos indican dónde está Dios y cuál es su voluntad. Un texto como el relato de la hija de Jefté nos incomoda. Sabemos que los sacrificios humanos eran prohibidos por la ley de Moisés (Lv. 18.21; 20.2-5; Dt. 12.31). Pensamos que solo algunas religiones paganas tenían esta práctica y que solo ocasionalmente también los israelitas la practicaron y por eso fue-

ron criticados por los profetas (Jer. 7.31; 19.5; 32.35). Sin embargo, el relato de la hija de Jefté muestra un claro sacrificio humano ofrecido a Dios y el texto no emite ningún juicio. Eso es lo que más nos molesta: el silencio de Dios.

El texto, no obstante, se vuelve pertinente hoy día. La violencia doméstica y el asesinato de las mujeres es un escándalo humano en nuestro medio, que no pasa de ser registrado en los periódicos. En Costa Rica, un pequeño país, el asesinato de las mujeres, cometido por sus compañeros, esposos o novios, va en aumento. En casi una década y media han asesinado brutal-

## *El silencio de Dios grita en el llanto...*

mente a 365 mujeres asesinadas: con machete, martillo, cuchillo, pistola o a golpes. Por odio o por amor (manifestado en celos). Y nuestras iglesias muchas veces permanecen calladas; no hay enjuiciamiento, reina la impunidad. Pasa lo mismo que en el relato.

Pero vayamos al texto, recordemos el relato y reflexionemos sobre cada incidente de la narración. Había un hombre llamado Jefté que tenía una sola hija. Él era un guerrero de Galaad, el texto lo describe como bandolero (Jue 11.1-3). Cuando los amonitas vinieron a combatir a Israel, los ancianos de Galaad le pidieron que asumiera el mando como su caudillo para vencer a los amonitas. Jefté aceptó con la condición de ser el jefe de ellos (11.9-11). Este dato es interesante porque ellos, los ancianos y el pueblo de Galaad lo habían menospreciado antes por haber sido hijo de una prostituta (11.1-2).

Tenemos entonces a un hombre marginado por su gente en determinado momento por ser bastardo; su vocación fue la de ser guerrero debido a su expulsión de la comunidad galaadita. Un hombre cuyo valor residía en su fuerza más que en su sabiduría. Un hombre que si bien sufrió la marginación de su gente, tiene la posibilidad ahora de ser acogido de nuevo porque lo necesitan para que los defienda de los amonitas. Los jefes de Galaad le entregan el poder para que se ponga al

frente de la guerra, y Jefté, que había experimentado el rechazo, ahora puede poner condiciones para el futuro: ser el jefe de los galaaditas.

Todo está muy bien hasta aquí, el problema viene ahora en el manejo que hace de la guerra. Mientras andaba en combate hace un voto loco a Dios, y le dice: “Si entregas en mis manos a los amonitas, el primero que salga de las puertas de mi casa a mi encuentro cuando vuelva victorioso de los amonitas, será para Yahvé y lo ofreceré en sacrificio” (11.31).

Los lectores de hoy leemos el texto y nos asusta, ¿Qué le pasa a este hombre?

¿Cómo es posible que disponga así no más de la vida de otras personas que no tienen que ver nada con la guerra?; estas son como los inocentes de todas las guerras. Jefté quiere negociar con Dios un posible triunfo con algo que no le pertenece, aunque su cultura de aquel entonces vea a los miembros de su familia, hijos, hijas o sirvientes como objetos de su propiedad por ser varón.

Hoy día nos suena extraño el trueque, justificamos el relato afirmando que eran otros tiempos. Sin embargo, ¿nuestras civilizaciones actuales están realmente lejos de esto que podríamos catalogar como “barbarie”? ¿Cuántas mujeres y niños son asesinados y golpeados en todas partes del mundo por el mismo fundamento que sustenta el



trueque, es decir, el disponer de las personas como si fueran objetos, el sentir de algunos que se creen dueños de otras personas? Porque lo que vemos en Jefté es una negociación de mercancías: el triunfo de una guerra por una vida humana, vista esta como cosa. Y todo eso por querer ser el jefe de Galaad y haber dominado a los amonitas. Porque su intención primera nunca fue liberar a Galaad de los amonitas. Y, dicho sea de paso, así son las guerras de hoy: por el poder de dominar se matan a muchas personas inocentes sin querer y a veces con pesar. Jefté ofreció a Dios al primero que saliera de su casa, pero nunca pasó por su mente que su hija sería la que saldría a recibirlo. Por eso hizo el trato, si hubiera sabido que ella, de su sangre, saldría, no se habría atrevido a ofrecerla en sacrificio. Pensó que era un sirviente, alguien que no contaba mucho. Pero, otra vez, para nosotros hoy día no podemos hacer diferencia entre las vidas de las personas. No importa quién salga, un siervo, un amigo, un pariente o su propia y única hija, porque ante Dios todas las vidas humanas son preciosas.

Y su única hija salió a recibirlo alegre, al son de la pandereta (11.34), y Jefté, “al verla, rasgó sus vestiduras y gritó: “¡Ay, hija mía! ¡Me has deshecho! ¿Habías de ser tú la causa de mi desgracia? Abrí la boca ante Yahvé y no puedo volverme atrás”.

El relato se vuelve tragedia porque

la persona que salió fue su propia hija. El mundo se le viene abajo a Jefté, quien está atado por las normas del honor de su tiempo: debe cumplir la promesa, aunque ésta sea injusta para todos, hasta para Dios, dador de la vida.

Hoy día también, mucha ideología de la casa patriarcal está presente en nuestro ambiente. Cuántos varones quisieran ser diferentes en la casa, pero muchas veces la tradición machista se impone, el “qué dirán” de los vecinos les obstaculiza a mostrar otra masculinidad menos autoritativa, más tierna; y se sienten obligados a hacer lo que en el fondo no quisieran. Jefté piensa que si no cumple el voto de sacrificar a su hija por la victoria que se le dio, Dios se pondrá furioso y perderá la guerra ganada. Pero no es así. Cuando Jefté hizo el voto, lo hizo solo para sí mismo porque quería el poder sobre su pueblo, Dios nunca le contestó porque Dios no estaba ahí haciendo ese tipo de tratos. Dios jamás podrá aceptar que se sacrifiquen vidas en su nombre y gloria. No se necesitaba ningún voto. Dios en su misericordia ya pensaba defender a los galaaditas y estaba dispuesto a utilizar como su instrumento a una persona que había sido marginada por haber tenido una madre prostituta. Porque así es Dios, le gusta reivindicar a los marginados. Pero Jefté lo echa todo a perder, pervierte los deseos liberadores de Dios, y, por querer alcanzar el

## El silencio de Dios grita en el llanto...



*Acciones contra el desalojo de Ramona Orellano de Bustamante, mujer campesina del norte de Córdoba.*

poder, cae en la trampa y se convierte de liberador en asesino. Porque en última instancia eso es lo que es, aunque lo cubra con un lenguaje religioso y sacrificial: “será para Yahvé y lo ofreceré en sacrificio”; con ello se amarga la vida para siempre y amarga la vida de todos los demás: de las amigas de su hija y hasta de nosotros los lectores y lectoras de hoy.

La hija de Jefté se somete a la obediencia como la mayoría de las mujeres atadas a las costumbres patriarcales (11.36). Pero lo hace con mucho pesar, porque morirá antes de tiempo a causa de una decisión de alguien, una persona amada, que no la tomó en cuenta. No podrá realizarse como persona digna: en aquel entonces las mujeres existían frente a la sociedad al

formar una familia propia, al tener hijos. Hoy no es así. Al contrario, obligar a las mujeres a comportarse solamente como productoras de hijos las vuelve objetos.

Ella quiere desahogarse de la gran injusticia de las costumbres inhumanas frente a la cual se siente impotente de transformar en nuevas relaciones interhumanas. Con sus amigas le pide al padre ir a vagar por los montes durante dos meses para llorar junto con sus amigas su muerte prematura, el fin de su futuro como mujer (11.37).

Pero el texto no termina allí. Lo más importante del relato es el final. Esta mujer sin nombres es recordada por los siglos a través de su llanto y el llanto de sus amigas.

Por eso el texto se vuelve pertinente



para nosotros hoy, porque puede ser leído desde el sacrificio de las mujeres de nuestro tiempo, y sobre todo desde el lamento de tantas mujeres que lloran el asesinato de otras mujeres. Porque, aunque pareciera que el texto se queda callado y que el sacrificio queda impune, el último verso queda registrado con la intención de anular el acto de sacrificar una mujer inocente en el texto. Es el rechazo del sacrificio de la hija de Jefté a través de las lágrimas derramadas por sus amigas durante cuatro días. El texto dice que se convirtió en una práctica: “Por eso es costumbre entre los israelitas que todos los años las jóvenes vayan a llorar a la hija de Jefté durante cuatro días”. (Jue. 11.40) Este versículo final (11.40) es clave porque se torna en la memoria subversiva de un llanto que evoca un crimen horrendo, el cual no puede ser borrado de la historia porque cada año se vuelve a recordar a través del llanto de otras mujeres. En este sentido el silencio de Dios se transforma en grito a través de todas las mujeres de la historia que lloran la muerte de la hija de Jefté y de tantas otras mujeres.

Es importante que el texto permanezca en la Biblia, nuestro canon, aunque no nos guste.

Porque a través del texto podemos ver el reflejo de nuestra propia vida actual, nuestras costumbres y culturas, las cuales muchas veces van en contra de los valores que el evangelio nos en-

seña. La enseñanza bíblica puede también llegarnos por vía negativa.

En el texto se mata en nombre de Dios a través de un negocio mercantilista en el cual Jefté pide a Dios que le dé la victoria sobre otro pueblo, los amonitas, a cambio de la vida de algún miembro de su casa. El inicio del texto inmediatamente dice lo que no se debe hacer. En primer lugar, Dios no quiere que se invadan pueblos, ni se domine sobre ellos, tampoco quiere que se le ofrezcan sacrificios humanos. La vida es un don de Dios y nadie tiene derecho a disponer de la vida de otros seres humanos. Dios rechaza las relaciones mercantilistas porque él es amor y gracia. La relación mercantilista donde predominan los deseos de poder es siempre una tentación frecuente entre nosotros, hasta la hija de Jefté cayó en ella cuando aceptó resignadamente, pero a su pesar, porque le pidió al padre dos meses para llorar su muerte sin realizarse como mujer y formar una familia, como era la costumbre de aquel entonces.

El texto es una invitación a escuchar el llanto de las mujeres que lloran por otras mujeres sacrificadas. Este llanto nos invita no solo a escuchar, sino a llorar, rechazar y luchar contra los sacrificadores de nuestras mujeres hoy día. Rescatemos a esta mujer anónima cuyas lágrimas se siguen derramando hasta hoy.